



*Facultad de Ciencias Económicas
Universidad de Buenos Aires*



Dolarización ¿Cultura o política?

Julio Ruiz
IIE-CESPA-FCE-UBA

Nota Breve N°52
16/10/2019

Av. Córdoba 2122
2do. Piso, Departamentos Pedagógicos
(C 1120 AAQ) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 54-11-5285-6583 – E-mail: dircespa@econ.uba.ar
<http://www.econ.uba.ar/cespa>
www.blogdelcespa.blogspot.com

En el marco de la crisis financiero-económica que vive la Argentina, vuelve a aparecer la propuesta de reconocer que la cultura económica argentina es bi-monetaria, o al menos, que la conducta de los agentes económicos sigue este patrón. La falta de preferencia de los argentinos por su propia moneda se presenta como parte de la explicación de las crisis que la Argentina vive con recurrencia. Esta explicación toma fuerza de su consistencia con un persistente y melancólico complejo de culpa presente en muchos discursos mediáticos y políticos. En consecuencia, uno de los temas cuya resolución sería necesaria, es esta cultura bi-monetaria, que debería atenderse profundizando la dolarización de la economía. Sin embargo, es posible que el patrón bi-monetario de los habitantes de la Argentina no tenga un origen ético o cultural; sino que se vincule con las reglas del juego establecidas por la política económica.

Para profundizar esta posibilidad son necesarios algunos conceptos propios de la microeconomía, como los “precios relativos” y “sistema de precios”. Por precios relativos no se entiende el atraso del tipo de cambio o el desfase de las tarifas respecto de la inflación. Estos fenómenos son consecuencia, pero no el contenido del concepto de precio relativo. Hay multitud de precios relativos en la economía, cada uno establece cuanto vale un bien en términos de otro bien, por ejemplo, cuantos litros de leche cuesta un pan de manteca, cuantos chips vale una PC, o también cuantas TV de pantalla plana vale una camioneta 4x4. Los precios relativos no son arbitrarios ni aleatorios. Los precios son parte de un sistema donde todos los valores se determinan recíprocamente, como ocurre con los valores de la solución de un problema aritmético de ecuaciones simultáneas.

Ahora bien, aunque todos los precios se determinan recíprocamente junto con los otros precios, hay precios que influyen más de lo que son influidos. En las economías de mercado modernas, la estructura de precios relativos es fundamentalmente influida por tres conjuntos de precios: los salarios, los alimentos y los energéticos. De acuerdo con como sea la relación entre estos tres conjuntos de precios, serán las relaciones entre los demás precios de la economía.

En la actualidad, dos de esos tres conjuntos de precios se hallan dolarizados por decisión de la política económica (los energéticos y las materias primas alimenticias). La decisión de que esas actividades se rijan por los precios internacionales implica su dolarización de hecho.

Entonces, el interrogante que corresponde plantear aquí es ¿si dos de los tres conjuntos de precios clave de una economía están dolarizados, no es esperable que la mayoría de los precios de esa economía estén muy influidos por el tipo de cambio?

La respuesta es afirmativa. Y entonces no se trata de un problema de ética o cultura de la población que carece de preferencia por su moneda. Más bien la conducta de la población refleja una acertada intuición de que, con estas reglas de juego, los precios siguen al tipo de cambio.

La experiencia post-2001 parece avalar este análisis. En ese momento histórico, la necesidad de dolarización también estaba avalada por un contexto de enorme desconfianza y condena moral al sistema financiero local. Desde este punto de vista, una de las razones por las que la salida de la convertibilidad no implicó una dolarización de facto de la economía fue la decisión de política económica de congelar las tarifas, desdolarizándolas de hecho, y de separar los precios internos de las materias primas alimenticias de sus precios internacionales. Como los tres conjuntos de precios clave estaban en pesos, la economía se movió en pesos. Y ello no implicó aumento de la inestabilidad o postergación de la reactivación.

Podría plantearse que la legitimidad de las reglas de juego proviene de un contexto donde la cultura prevaleciente está dolarizada. Sin embargo, los cambios culturales ocurren más lentamente que los cambios en las reglas de juego e incluso que los cambios en las instituciones. En consecuencia, los cambios en la cultura dolarizada entre la salida de la

convertibilidad y el presente deberían ser mínimos; y la des-dolarización en aquel momento fue exitosa en términos del funcionamiento de la economía. Lo cual estaría indicando que hoy también sería posible la des-dolarización; y que la dolarización de la cultura no es tan intensa como se plantea.

Si se considera los distintos grupos sociales y económicos, se encuentra que quienes piensan en dólares son, en primera instancia, personas vinculadas a las inversiones financieras o a las exportaciones como actividad principal. Los primeros porque una buena proporción de sus movimientos no son en moneda local y juegan a ganar con las diferencias de cambio, y los segundos porque la mayor parte de sus ingresos son en moneda extranjera. En segunda instancia, y dadas las reglas de juego vigentes, los formadores de precios y personas con suficiente capacidad de ahorro como para invertir en moneda extranjera. De estos cuatro grupos, el más numeroso es el último. Según las declaraciones del Presidente del BCRA este grupo rondaría los 1,3 millones de personas (El Economista, 02/09/2019). Dado que la pertenencia a cualquiera de los cuatro grupos mencionados no excluye de participar en cualquiera de los otros tres, se puede concluir que se trata de una pequeña proporción de la población argentina la que podría tener una cultura dolarizada más allá de las reglas de juego. La legitimidad de las reglas de juego no se fundamenta en el interés de una minoría, sino del interés del conjunto.

Los argentinos no somos seres angelicales, tampoco lo son los habitantes de otros países que consideramos exitosos económicamente. Los argentinos tenemos mucho del Homo Oeconomicus y su egoísmo, pero también tenemos mucho del Homo Reciprocans, como ocurre con todos los pueblos del mundo. ¿Y entonces por qué no nos va tan bien como esperamos?

La respuesta es compleja porque requiere una pluralidad de enfoques. Desde la reflexión económica, la economía conductual aporta una pista importante: en contexto donde interactúan Homo Oeconomicus y Homo Reciprocans, la conducta agregada será cooperativa o no cooperativa como resultado de las reglas de juego. En ese contexto por "conducta agregada" se entiende el comportamiento del sistema en su conjunto. Por ejemplo, en una fila de espera que se alarga, la conducta agregada será cooperativa si la fila se respeta, o será no cooperativa si la fila degenera en congestión. El resultado será producto de las reglas de juego que regulan las interacciones entre quienes esperan, algunos proclives a la solidaridad y otros proclives al autointerés. Otro dato muy relevante para esta reflexión, es que la proporción entre quienes tienen una u otra inclinación no juega un papel significativo. La masa crítica de conductas tipo Homo Reciprocans para generar una conducta agregada cooperativa es pequeña, si las reglas de juego son adecuadas. En cambio, si las reglas de juego promueven o amplifican conductas tipo Homo Oeconomicus, la incidencia de las conductas reciprocantes, aunque fueran mayoría, no implicará conductas agregadas cooperativas.

Entonces, que la conducta agregada sea dolarizada, en un contexto con diversidad de motivaciones, dependerá fundamentalmente de las reglas del juego. Reglas del juego que, en el caso analizado, impone la política económica. En este caso, una política de profundización de la dolarización de la economía no sería una solución a un problema ético o cultural, sino más bien, la cristalización de reglas de juego que generan conductas agregadas contrapuestas con el interés general.